

UNA RECREACIÓN DE ESTAMPAS CAZORLEÑAS DECIMONÓNICAS SEGÚN NOTAS DE CRÓNICA DEL DR. MEDARDO LAINEZ LÓPEZ

Por Miguel Polaino Orts

Resumen

Este trabajo recoge cuatro anécdotas, encuadradas cronológicamente en el último cuarto del siglo XIX, que ahora se rescatan del olvido, a través de una libre recreación literaria, basada en notas registradas a comienzos de los años 50 por el Cronista de Cazorla Dr. D. Medardo Lainez López.

Abstract

In this work, four Cazorla stories, dating from the last quarter of the XIXth century, are rescued by the author in his free account of some records by Dr. Medardo Lainez López, chronicler of Cazorla all along the fifties.

I. INTRODUCCIÓN

«**M**is infantiles ojos se habituaron, para siempre, a la contemplación del Señor del Consuelo, la Virgen de la Cabeza y San Isicio. ¡Hermosa y bendita trilogía cazorleña, compendio de todos mis amores, y norte y guía de toda mi existencia!».

Estas sentidas palabras, que fueron pronunciadas por un anciano médico rural, en el homenaje celebrado con motivo de su jubilación (1), resu-

(1) Discurso de agradecimiento en el homenaje celebrado con motivo de su jubilación como médico de Cazorla, el 27 de diciembre de 1947. Inédito, mecanografiado.

men una larga vida, cuyo consustancial objetivo profesional exclusivamente fue Cazorla, su pueblo natal.

En efecto, a lo largo de una prolongada vida que se extiende durante casi noventa años, D. Medardo Lainez López no tuvo otro empeño ni, se podría decir, otra obsesión que su vocacional consagración por entero a la tierra en la que vino a nacer y en la que vivió toda su existencia, desempeñando ininterrumpidamente durante medio siglo (2) el cargo de médico titular, y en la que en suma cumpliría una función histórica al registrar el devenir ciudadano, en su calidad de Cronista Oficial, cargo en que destacó como divulgador de las típicas costumbres cazorleñas y de las singulares modalidades léxicas serranas, de las que sin duda ha sido uno de los mejores concededores de todos los tiempos.

En este trabajo pretendemos dar a conocer, rescatando del olvido de los acaecimientos que les dieron vida, cuatro anécdotas cazorleñas, encuadradas cronológicamente en el último cuarto del siglo XIX, en una libre «recreación» de nuestra parte, inspirada en anotaciones de crónica de Cazorla que consignara el Dr. D. Medardo Lainez, ya alcanzada la madurez de su formación y adentrado en las postrimerías de su propia vida.

Continuamos así la labor emprendida y magistralmente llevada a cabo por algunos literatos pasados, que tuvieron el intuitivo acierto de recoger en libros, revistas y otras publicaciones (3) un granado conjunto de anécdotas, estampas, historias, semblanzas, secuencias y recuerdos entrañablemente afincados entre los cazorleños, de un siglo a esta parte, que nos ayuda a pergeñar aproximativa y certeramente los factores definitorios de la personalidad y forma de vida ciudadana del lugar y de la época de que se trata.

(2) Durante medio siglo ejerció continuadamente como médico titular en Cazorla, a excepción de dos breves interrupciones, tan injusta como inhumanamente impuestas y de cuyo triste protagonismo, una vez pasados afortunadamente los acontecimientos, ya no quería acordarse.

(3) En revistas cazorleñas como «La Palabra», «La balanza», «La juventud», «La defensa», «El anuario del Adelantado», «Guad-El-Kebir»; y en libros como «El adelantamiento de Cazorla», por Lorenzo POLAINO ORTEGA y otros, imprenta SAP, Madrid, 1935, donde D. Medardo Lainez es coautor junto con D. Miguel Polaino Gil de unas anécdotas tituladas «Anécdotas Cazorleñas», y junto con D. Agustín Salcedo de un trabajo titulado «Leyendas cazorleñas».

Vid., Juan Luis GONZÁLEZ-RIPOLL: *Narraciones de caza en Cazorla*, Editorial Everest, Madrid, 1974; Lorenzo POLAINO ORTEGA: *Anécdotas cazorleñas*, Sevilla, 1983. Otros trabajos de semblanzas y recuerdos del Dr. LAINEZ LÓPEZ son: «La diligencia del Guadalquivir. Recuerdos estudiantiles», en *Guad-El-Kebir*, núm. 2, año I, abril 1956, pág. 3, y «La taberna de Consolico. Vieja estampa de la corredera», en *Guad-El-Kebir*, núm. 18, año IV, primavera 1960, pág. 12.

Y lo hacemos como humilde contribución al homenaje de este tan prestigioso Instituto a un ilustre giennense que lo es como pocos, el Prof. Dr. D. Manuel Caballero Venzalá, que tantas y tan felices horas de su diario trabajo ha venido ejemplarmente dedicando a Jaén, a lo largo de amplios años, con frutos tan elogiabiles como su monumental «Diccionario bibliografico».

II. SEMBLANZA BIOGRÁFICA DEL DOCTOR MEDARDO LAINEZ LÓPEZ

Don Medardo Lainez López (4) nació en Cazorla el 28 de febrero de 1873, hijo de padres, cazorleños también, de recia raigambre cristiana. Su padre, D. Medardo Lainez (5) era notario de Cazorla, pero el joven Medardo muestra pronto su decidido interés por las ciencias. Tras estudiar el bachiller en su pueblo natal, se inscribe como alumno de la Facultad de Medicina de Cádiz, «tras breves vacilaciones propias de la juventud», como escribiría mucho tiempo después (6).

El 12 de octubre de 1897 obtiene en Cádiz el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, y retorna a Cazorla, donde no tarda en ser nombrado médico titular, donde ya existían a la sazón seis plazas de médico dotadas formalmente en esta pequeña localidad, sita al pie de las estribaciones de la Sierra de Cazorla, limítrofe por un lado con Sierra Nevada y por el otro con la Sierra de Segura.

(4) *Vid.*, sobre el Dr. Lainez: «Don Medardo», por don José MONTOTO, en *El Correo de Andalucía*, Sevilla, 19 de mayo de 1958. Se trata de una de las famosas «pajaritas de papel» del popular periodista y académico sevillano, director del citado diario, en la que escribe Montoto una semblanza del biografiado, de la que destacamos: «hay quienes, de verdad, esquivan y huyen el mandanal ruido, contentándose, con un vivir honesto y apacible, ni envidioso ni envidiado, atento a su existir, que le permita cultivar su afición... por la sencilla razón de que ese es su gusto. Un hombre de esta clase es Don Medardo, quien, a lo raro del nombre, suma el raro prodigio de una vitalidad excepcional..., es uno de esos hombres al que le atraen los temas ajenos a su profesión..., del estudio de asuntos regionales, de curiosidades históricas y de temas de erudición hizo ferviente culto..., conoce todo cuanto hace relación al histórico Adelantamiento de Cazorla, sabe de memoria los picos y los valles, cañadas y alturas de la sierra, sus fuentes, sus arroyos, las leyendas que el tiempo fue tejiendo en derredor de esta tan complicada geografía...». *Vid.*, también: «Don Medardo», *Guad-El-Kebir*, núm. 23, año VI, verano 1961, pág. 3, nota editorial cronológica; «Don Medardo y Cazorla», por L. POLAINO ORTEGA, en *Guad-El-Kebir*, núm. 40, año X, otoño 1965, pág. 12.

(5) Su padre, D. Medardo Lainez, fue el primer cazorleño con este nombre, y alcanzó gran popularidad en Cazorla, donde murió a los 85 años de edad el 16 de mayo de 1915.

(6) En el Discurso de Agradecimiento en su Homenaje, Cazorla, 27 de diciembre de 1947.

Hacia sus seis compañeros de profesión médica (7) tuvo el Dr. Lainez López palabras de incontenido y cordial elogio. De ellos afirmaría: «Me recibieron con los brazos abiertos. Nunca olvidaré el paternal comportamiento que conmigo tuvieron. Todos me ayudaron a dar los primeros pasos en el ejercicio de la profesión, y al lado de ellos aprendí lo mucho que al salir de las aulas ignoraba. Me enseñaron a ejercer la profesión con aquel carácter patriarcal con que ellos mismos supieron desempeñarla, con aquel abnegado desinterés tan ayuno de toda suerte de mercantilismo, y en suma me inculcaron el más profundo respeto a la deontología médica y al verdadero compañerismo».

Nombrado médico titular del viejo barrio de Santa María, con el sueldo de 999 pesetas anuales, desde el primer momento fue su mayor preocupación el estudio del «estado de las aguas» (8), que por entonces producían epidemias de fiebre tifoidea que se cobraron la vida de multitud de habitantes. Por ello no es de extrañar que bien pronto levantara bandera en favor de un novedoso y revolucionario proyecto de nueva circulación urbana de aguas.

Sobre ésta su primera inquietud profesional escribió más luego (9): «Larga y agotadora fue en verdad la lucha. Parapetados tras la importancia pecuniaria del presupuesto de obras, se disparaba con bala sarra contra el proyecto, sobre todo por quienes temían que se pudiera infligir cualquier leve detrimento en sus intereses privados... También entre la población yo pagué mi tributo: en tres meses vi morir a dos de mis hijas de esta cruel y evitable enfermedad».

En todo caso, por el empeño y la tenacidad de quien lo propuesto, el

(7) Sus seis compañeros facultativos fueron: D. Eduardo Henares, D. Alfredo Tamayo, D. Juan Antonio Cano, D. Manuel Torralba, D. Agustín Salcedo, con quien mantuvo más larga relación de colegialidad, y D. Antonio Muñoz, ilustre médico autor de trabajos de gran mérito que le valieron ser nombrado académico correspondiente de la Real Academia de Medicina, y cuya vacante en Cazorla ocupó D. Medardo.

(8) En *Guad-El-Kebir*, núm. 8, año II, otoño 1957, pág. 8, se reproduce la portada del número 8, año I, de la revista *La Defensa*, Cazorla, 26 de octubre de 1910, donde entre otros trabajos aparece publicado uno de don Medardo titulado «Menos política y más higiene», en el que denunciaba la situación en ese momento: «estamos en peores condiciones higiénicas que en el año 85 (1885). Un cuarto de siglo nos hemos pasado en luchas y componendas políticas sin ocuparnos... de la higiene», y donde ya «abogaba» por «una campaña que redunde sin distingos políticos, en beneficio de todos, lo mismo del pobre que del rico, del joven que del anciano».

(9) En sus Discursos de Agradecimiento en sendos homenajes, Cazorla, 27 de diciembre de 1947, y 13 de enero de 1951. Inéditos y mecanografiados.

proyecto al fin salió adelante, no sin antes superar varios lustros de intensa lucha, de reivindicación indomeñable, que con ejemplar sensibilidad profesional supo abanderar, inasequible al desaliento, el Dr. D. Medardo Lainez López.

Tras algunos años de relativa calma, con la guerra civil española arriban al Dr. Lainez de nuevo acuciantes y graves problemas. Destituido provisionalmente de su plaza de médico titular de Cazorla, por decisiones del gobierno de turno, fue detenido y encarcelado. Pendiente de ser fusilado, como otros coetáneos de su localidad, salvó la vida, según le dijeron, «porque en tiempos de guerra a los hombres de Ciencia, y sobre todo de la Ciencia médica, no se les pregunta por su ideología».

El 1 de junio de 1943, tras haber cumplido los 70 años de edad, cesa en su cargo de médico titular de su pueblo natal, durante largo tiempo desempeñado con tan inquebrantable vocación profesional como humana sensibilidad.

En enero de 1945, a instancias de un letrado cazorleño (10) se crea el cargo de Cronista Oficial de Cazorla (11), y se nombra titular del mismo a D. Medardo Lainez López, quien lo desempeñaría con el mismo rigor y fidelidad propios de su actividad profesional, con carácter honorífico, gratuito y vitalicio, pero de una manera efectiva, hasta la fecha de su muerte.

En diciembre de 1947, Cazorla celebra un homenaje en honor del Dr. D. Medardo Lainez López, por cumplirse ese año sus Bodas de Oro como médico. Y asimismo, se le tributa, en enero de 1951, otro homenaje, a iniciativa de sus paisanos, para conmemorar su trayectoria ciudadana.

A partir de entonces, D. Medardo Lainez se dedica prioritariamente a una de sus pasiones favoritas: la literatura. Escribe artículos varios sobre los temas más diversos, al tiempo que minuciosamente registra, narra, desarrolla *ex novo* una «Crónica de Cazorla».

(10) Don Lorenzo Polaino Ortega.

(11) Con fecha de 25 de enero de 1945 eleva un escrito el citado señor Polaino Ortega a la Corporación Municipal proponiendo y solicitando la creación del cargo de Cronista Oficial de Cazorla, fundamentando su petición en el deber que todo pueblo de noble historia tiene de honrarla, para lo que antes es menester conocerla y luego continuarla, aportando en dicho escrito las oportunas iniciativas para llevar este cometido a cabo. Una de las condiciones que propuso fue que el cargo tuviese el carácter de honorífico, gratuito y vitalicio, y otra la sugerencia del nombre del Dr. D. Medardo Lainez López como persona idónea para desempeñar el cargo, lo que la Corporación Municipal admitió.

Todavía aguardaba al viejo cronista de Cazorla una satisfacción más. El 2 de septiembre de 1956, en multitudinario acto popular, se le hace entrega de la Medalla de Plata al Mérito en el Trabajo.

Y siguiendo «paso a paso» su trayectoria existencial, en el círculo trazado en torno a la población de su origen, casi nonagenario ya, falleció D. Medardo Lainez López en Cazorla, el 22 de mayo de 1961, a la sombra de San Isicio, la Virgen de la Cabeza y el Señor del Consuelo, que él abiertamente declarara y confesara como «norte y guía» de su existencia, habiendo alcanzado el sueño de todo buen cazorleño: ser Mayordomo de la Cofradía del Santísimo Cristo del Consuelo.

III. BREVE HISTORIA DE LA «CRÓNICA DE CAZORLA»

Una vez que D. Medardo Lainez fuera nombrado Cronista de Cazorla en enero de 1945, quiso agradecer a su pueblo la confianza y el honor que en él se depositaba, con el nombramiento de que había sido hecho acreedor, para el desempeño de un cargo sin precedentes en aquella localidad.

Decide por ello escribir unas «crónicas o memorias» de Cazorla, dirigidas a los cazorleños del futuro, a «los lectores del mañana», con un simple objetivo: «para que puedan saber lo que en su pueblo ocurrió en este período de tiempo».

Pero sabido es que si nunca fue empresa fácil escribir un libro, menos aún lo es si se trata de un libro de memorias-recuerdos, y es que no suele ser fácil, en general, cuando ya uno se encuentra al final de una vida, «darse la vuelta» y «volver a recorrer los pasos que ya se recorrieron», y que, acaso afortunadamente, pasaron para siempre.

Confiesa D. Medardo Lainez que no eran tampoco fácil para él evocar los difíciles, pero frecuentes y reiterados, momentos de violencia, guerra y muerte que hubo de vivir y de sufrir. Pues D. Medardo no fue nunca ajeno ni insensible a la adversidad ni a la irracionalidad propias o extrañas.

«Esa fuente de dolor —escribe de Camilo José Cela (12) acerca de la memoria—, ese hondo pozo del que pueden estarse sacando cubos de dolor toda una vida...» «El que sufre tiene memoria», escribió Cicerón (13).

(12) *La Rosa*, libro primero de las Memorias de Camilo José CELA, ediciones Destino, Barcelona, 1959, pág. 11.

(13) Camilo José CELA: *o.u.c.*, pág. 13.

Sin embargo, el humano temor a volver a un pasado indeseado, aun visto desde la perspectiva que concede el paso del tiempo, instintivamente rechazado por la memoria racional, no fue óbice que llegar a impedir o frenar el compromiso del Cronista de la Ciudad, con su propio cargo, de escribir una crónica de Cazorla: una crónica que tradujera no sólo unas frías reseñas históricas, sino que además, y sobre todo, dejara traslucir el inmenso amor del Cronista a su gente y a su tierra, con una insobornable independencia personal y una enorme fuerza de voluntad al servicio de la verdad que nunca le abandonaron (14).

En 1949 comenzó a redactarla, llegando a concluirla en julio de 1953: en total, más de mil cuartillas mecanografiadas a doble espacio y no pocas autografiadas (15).

El cuerpo principal de la obra, la «Crónica» propiamente dicha, tuvo luego continuación en otras sucesivas reseñas locales, que el Cronista dio en denominar «Crónicas de feria a feria», fechadas en los meses de septiembre de los años siguientes.

IV. TIEMPO Y LUGAR DE LAS CUATRO ANÉCDOTAS CAZORLEÑAS

Las cuatro anécdotas que son objeto de libre «recreación» por nuestra parte, como dejamos dicho, quedan cronológicamente encuadradas en el tiempo decimonónico de la vida cazorleña. En ellas se retrata fielmente la sociedad y la forma de vida en aquel remoto pueblo serrano en esta época.

Tales leyendas evocan, a la vez que oportunamente se rescatan y salvaguardan del olvido, no pocas expresiones léxicas de las tierras del Alto Guadalquivir, con el singular diseño de unas semblanzas personales, que rememoran vivencias de la niñez y adolescencia de D. Medardo, erigiendo el humor en su principal característica, y cuyos protagonistas representan imperecederos personajes de corte neorrealista en la población de Cazorla.

(14) Lorenzo POLAINO, en su artículo «D. Medardo y Cazorla», comenta que «entre los cazorleños ilustres... difícilmente alguno aventaja en méritos a D. Medardo Lainez, quien, si siempre fue juglar de Cazorla, dedicó los últimos veinte años de su existencia a cantar al pueblo que le vio nacer con tal amor desinteresado y con tal pasión romántica que pocos podrían igualarle y ninguno superarlo».

(15) Estos papeles de D. Medardo Lainez López fueron entregados por su hijo al Dr. D. Medardo Lainez Anaya, a la muerte de su padre, a D. Lorenzo Polaino Ortega, a cuyas notas he tenido acceso.

De este pequeño pueblo giennense, dijo el Cronista de la provincia D. Alfredo Cazabán, «tenía de Castilla el alma y engalanado el cuerpo con bellas gracias de Andalucía» (16).

Cazorla no puede concebirse empero sin su Sierra. La Sierra de Cazorla es esencial factor para poder perfilar correctamente la personalidad cazorleña.

La Sierra de Cazorla contiene un «sinfín de vivencias», que acaso se manifestaron más genuinas y entrañables antaño que en la actualidad, pero que siempre se mantendrán íntimas e incorpóreas, señalando matices de su «propia psicología», como recordara el Licenciado Pedriza (17), ilustre Cronista que fuera también de aquella su localidad natal.

En esta «Suiza andaluza», «soledad sonora», «oasis forestal», «escondida y misteriosa», «música callada», «cuna del Guadalquivir» —con todas esas expresiones se ha calificado la Sierra cazorleña— siempre han existido tradiciones y leyendas, variadas, ricas y polifacéticas, en parte recogidas en revistas, publicaciones periódicas y libros de la zona, y en todo caso transmitidas popularmente de generación en generación por tradición oral.

Y muchos ciertamente han sido los poetas —encabezados por Antonio Machado— que han encontrado en esta Serranía fuente inagotable de inspiración para sus más bellas composiciones literarias.

De igual modo, innumerables pintores —antes y después de Rafael Zabaleta—, desde el entorno local o desde allende las fronteras, se han acercado a aquella latitud serrana, con periodicidad cronificada, en la búsqueda de motivos de inspiración para la creación plástica de sus obras más representativas y universales.

¡Amaneceres de enhiestas crestas montañosas, crepúsculos vespertinos otoñales tornasolados por una singular cromaticidad, sublime panorámica astrológica en las noches serranas de luna plena, romerías de la campiña olivar!

Tratamos así, en definitiva, de recrear algunas «estampas cazorleñas» del último cuarto del siglo XIX, inéditas hasta ahora, que representan hu-

(16) *Vid.*, Alfredo CAZABÁN, «Don Lope de Sosa», año XVIII, Jaén, mayo 1930, pág. 129.

(17) *Vid.*, Lorenzo POLAINO ORTEGA, «Cazorla, capital del Adelantamiento», Ed. Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Granada, 1976, sin paginar.

morísticamente algunos aspectos definitorios de la personalidad del cazorleño: desde el «sagaz» Pachenche al «avisgado» sastre Zapata, pasando por el «dormilón» de don Bruno y el «bueno» del doctor Cano.

Permítaseme pasar ahora a efectuar expresa narración, en el lenguaje escrito, de tales imágenes legendarias, que transcurrido un siglo siguen conservando actual dinamismo.

1. «El registro de Pachenche»

En la memorable noche del 12 de mayo de 1873 fue constituida en Cazorla la Junta Revolucionaria Republicana. A ella asistió como espectador Francisco Martínez, conocido entre sus conciudadanos por «Francisquito Pachenche».

Era Pachenche un republicano cien por cien, de los que preferían leer y releer, hasta aprenderse de memoria, el último discurso de Castelar, a reunirse con los parroquianos amigos, en cualquier taberna, a ligar unos cuartillejos de vino. De talante serio, obrero laborioso y hombre de pocas palabras, era Pachenche peón de albañil y oficial de talabartero.

Al llegar el momento del reparto de carguillos sobrantes entre los correligionarios de la causa republicana, el recién elegido alcalde don José Marín Ruiz mandó llamar a Pachenche y, con un peculiar defectillo fonético que le imposibilitaba pronunciar la «q», en tono protector le dijo: «Vamos a ver, Francis--ito, ¿--é --ieres que te nombre a ti la Repúblia?».

Lentamente avanzó el interpelado hacia la mesa del alcalde, y, con voz reposada y campanuda, le respondió: «¡A mí que me den el Registro!».

«¿-ómo?» —dijo el flamante alcalde, acentuando su interrogación, al tiempo que mantenía su mano derecha en el pabellón auricular, haciendo además de no haber escuchado bien.

«¡Que me nombren Registrador de la Propiedad!» —repitió impertérrito Pachenche.

Los ojillos desorbitados del alcalde miraron por minutos a todas partes, y a ningún sitio, sin saber qué hacer ni qué decir.

Mucho le costó a la Junta del Municipio tratar de convencer a Pachenche de que los conocimientos que como peón de albañil y como oficial de talabartero él poseía no resultaban ser ni por asomo los más apropiados para desempeñar el Registro de la Propiedad.

Pachenche quedó empero, al fin, en mucho desconcertado, ante la causa republicana, a la que había servido con fidelidad, ideológicamente hablando.

Desde entonces, siempre que en Cazorla alguien ha tenido una pretensión que se ha estimado exagerada, indefectiblemente se le ha vaticinado: «¡A ti, que te den el Registro de Pachenche!».

Por cierto que después le fue adjudicada una plaza sobrante de guardia municipal, que Pachenche aceptó con el mayor entusiasmo, en solidario ejemplo de disciplina y convicción.

2. «La votación de don Bruno»

Era don Bruno Bautista padre político del ex-alcalde republicano don José Marín Ruiz. Había sido elegido concejal en las elecciones del 15 de abril de 1877, gracias a los votos liberales y republicanos.

Buen hombre, entrado en años, experto labrador, fue a la sazón por entero inexperto en asuntos de la política, en la que no obstante llegó a militar, aunque un tanto testimonialmente, al acceder, complaciente, a reiterados y constantes requerimientos de su yerno.

Grandes molestias e indisimulados trastornos le causaba el verse continuamente obligado a tener que abandonar sus quehaceres campesinos, para que su voto no faltase a las sesiones.

Cierto día, en el transcurso de una sesión que se extendía en demasía, don Bruno, muellemente arrellanado en su sillón, bajo la monótona y soporífera verborrea de los concejales sobre tema harto intrascendente, iba siendo invadido por una invencible modorra, que al cabo de poco tiempo terminaría sumergiéndole en un plácido sueño.

Fue entonces cuando comenzó la votación nominal, y llegó el turno a nuestro adormecido concejal.

Percatado el alcalde de la situación, sacó repentinamente a don Bruno de su sopor, proclamando con voz autoritaria y tonante: «¡Vamos a ver lo que nos dice don Bruno!».

Don Bruno, que no tenía idea de la propuesta formulada, dijo súbitamente, pero con voz reposada y señalando con el dedo pulgar al compañero que en su orden le seguía: «¡Yo voto lo que diga mi trasero!».

El alcalde, visiblemente indignado, le replicó: «¡Lo siento, don Bruno, pero aquí, si se vota, se vota de viva voz!».

 La carcajada fue general.

Ocasión fue aquélla que oportunamente supo aprovechar el alcalde, temiendo que no prosperara su propuesta, para dar un fuerte campanillazo e instar a la votación definitiva.

Por cierto que don Bruno, después de aquella ocasión, faltó a algunas de las sesiones de Junta, con tanta más asiduidad cuanto mayor sosiego, en favor siempre de sus trabajos de cultivo del campo y con el pretexto de practicar una política agraria más social.

3. «El diluvio universal»

Don Juan Antonio Cano Mendieta era el prototipo del perfecto médico rural, cargo en el que sustituyó a don José Moreno, y que desempeñó largos años hasta su muerte. Hijo del Médico Ministrante don Hermenegildo Cano, poseía un excelente ojo clínico, que le hacía diagnosticar y, sobre todo, pronosticar con sorprendente rapidez.

Hombre bueno, en el más amplio sentido de la palabra, gozó siempre del reconocimiento de los cazorleños. Sus pasiones fueron la caza, la meteorología y el juego de ruleta. Como cazador, sin embargo, fue mediano, atolondrado y nervioso.

Luchó porque en Cazorla se creara una estación meteorológica, lo que al fin consiguió, allá por 1882, en que fue instalada en la parte superior de la fachada norte de la Casa Consistorial, y de cuya dirección y prestación de servicios él mismo personalmente se hizo cargo.

Durante las interminables tardes y noches del frío invierno cazorleño, se pasaba las horas muertas ante los paños numerados de la mesa. Sacaba del bolsillo del gabán un papel —¡casi siempre una receta sobrante!— y apuntaba todos los números premiados, tras haberse jugado sus dos buenas pesetas a la ruleta (obvio es decir que, indefectiblemente, siempre perdía).

De vuelta a casa, se dirigía a la estación meteorológica, donde comprobaba los registros de todos los aparatos.

Cierta noche, tras hacer todo lo de rigor, una vez ya en la estación, apuntó en una receta la presión barométrica, la velocidad del aire, las temperaturas máxima y mínima, la cantidad de agua registrada en las últimas veinticuatro horas, y cuantos otros datos eran de rutinaria constancia.

Marchó seguidamente a su casa y, como era fin de mes, elaboró las estadísticas, que con puntualidad y exactitud germánicas procedió, como de hábito, a remitir a la sede del Observatorio Central de Madrid.

Días más tarde recibió una carta del Observatorio Central, donde se le hacía formal comunicación del siguiente texto literal:

«Devolvemos, para su rectificación, el último parte remitido por ese Observatorio, pues de ser ciertos los datos por Usted enviados se puede creer, sin temor a equivocarse, que ha llovido en Cazorla más que en el Diluvio Universal».

¡Había confundido los números del Observatorio con los de la ruleta!

4. «Soy sastre, y no puede ser»

Don Ramón Ager Herro fue el maestro sastre más popular de toda la historia de Cazorla. Lo llamaban Ramón Zapata (18). Sin duda, fue «uno de los cazorleños más célebres y simpáticos en la segunda mitad del siglo XIX».

Buen mozo, de correctas facciones y tipo arrogante, estaba dotado de un ingenio, tan poco común entre la parva ilustración de la artesanía local de aquellos tiempos, que siempre le hacía salir airoso de las más críticas y difíciles situaciones.

Hombre alegre y jaenero, supo alternar con todos, sin discutir con nadie. No se concebía ninguna juerga de jóvenes y menos jóvenes, a la que no asistiera Zapata, acaparando la audiencia con espontánea cordialidad.

De lo que la gente se extrañaba mucho era de las horas que Zapata dedicaba al sueño: durante el día trabajaba en su taller sastreril, y durante

(18) En «El Adelantamiento de Cazorla», por Lorenzo POLAINO ORTEGA y otros, imprenta SAP, Madrid, 1935, pág. 202, se publica el siguiente soneto de Antonio ARANDA MORENO, bajo el título de «Celebidades cazorlenses»:

«Es difícil citar en un soneto
 los seres que han pasado ya a la historia;
 todos ellos, nimbados de su gloria,
 fueron dignos del público respeto.
 ¡Vive Dios!, que me encuentre en gran aprieto
 si he de hacer una frase laudatoria
 a todos los que tengo en la memoria
 cuando ya va mediado este soneto.

Cazorlenses ilustres: Estremera,
 Tíscar y don Isicio y Calderones...
 Con Polaino y Tamayo, en la cabalgata,
 van Narciso, Muñoz y otros varones
 que reunieron excelsas condiciones,
 sin dejar en olvido al gran Zapata.»

la noche despertaba, con el eco de enormes carcajadas, a sus conciudadanos cazorleños, quienes de buen grado, por tratarse de él, le perdonaban.

Músico mediano, fue siempre clarinete 1.º de la Banda Municipal. En cambio, su voz de barítono era un portento, y por dotes propias figuraba en primera línea en el Coro-Orquesta de la Capilla de la Parroquia de Santa María.

Cuando llegaban los primeros calores del verano, marchaba con sus amigos a la «Merienda de La Hoz», y los allí concurrentes se congratulaban en representar alguna obra de teatro, conocida o inventada, o se empleaban en imitar a personajes históricos.

Cierto día de un incipiente verano, representaban a Adán y Eva en la bíblica escena del Paraíso. Adán era lógicamente el maestro Zapata, y Eva era el maestro zapatero, feo y gracioso, a quien llamaban Eltere.

Ni que decir tiene que lucían, con un sorprendente realismo, las desnudeces que eran de ritual en aquellos felices y primitivos tiempos.

El padre de Ramón Zapata, viejo malhumorado y peor avenida con la vida que su hijo trazara, habiendo escuchado cuchicheos de la bíblica representación, presto y decidido se personó en «La Hoz», cabe el curso del río, bajo la histórica Plaza Vieja.

Fue tal la indignación de aquel hombre que, enarbolando el grueso bastón, salió corriendo detrás de su hijo, quien precipitadamente, ante la cólera paterna, había dejado en el mayor abandono y desamparo a la desgraciada Eva.

Una piedra de enormes proporciones y difíciles de escalar brindó al fugitivo Adán refugio seguro: habiendo subido éste bien presto a la cima, su padre dio rienda a la ira incontinida, y con encolerizada amenaza le espetó:

—«¡Baja de ahí, so granuja!».

—«¡Soy sastre, y no puede ser!»., era la respuesta del evadido y refugiado hijo.

Varias veces fue la amenaza repetida por el viejo, con creciente descompostura. Y siempre obtuvo, de inmediato, la misma calma respuesta.

Por fin, unos amigos lograron aplacar y apartar del lugar al viejo. Después, ya en tierra firme, el evadido, y mientras apresuradamente Ramón Zapata se vestía, un camarada le preguntó:

—«¡Maestro!, ¿por qué a las amenazas de tu padre le contestabas siem-

pre: ¡soy sastre, y no puede ser!?»).

—«¡Pues es bien sencillo!», respondió Zapata: «¡Porque para un sastre que en algo se estime resulta bochornoso presentarse “tan mal vestido” ante el autor de sus días!».

Finalmente, y tras una azarosa existencia —él mismo había comentado muchas veces que, con esa vida que llevaba, se conformaría con llegar a vivir cuarenta años, pues para él era como si hubiera vivido ochenta—, murió en Cazorla, el 30 de abril de 1890, a los cuarenta y cinco años de edad, de un infarto al corazón... de todos los cazorleños.